

texto **Pasqual Alapont**



dibujos **Montse Español**

Algar

Morgana la de los ojos verdes



2ª
EDICIÓN

Hoy nos han dado las notas del segundo trimestre. Estábamos nerviosos, pero la maestra, mucho más. Parecía como si quisiese sacársenos de encima cuanto antes para largarse de fin de semana a la casita de la montaña. Pobre Isabel. Este sexto se le está haciendo más largo que un día sin tele.

He tenido buenas notas, mejor que el trimestre pasado, dos sobresalientes en vez de uno: Matemáticas y Medio. En general la gente estaba contenta, pero se ha producido algún drama. Brunilda, que va todo el año a una academia, se esperaba un sobresaliente en Inglés y, cuando se ha visto el notable, los ojos se le han puesto en blanco.

–Te quedarás bizca si haces eso –ha dicho Lola.

Pero Brunilda sólo tenía ojos para su notable, como si no diese crédito a lo que estaba viendo. Julio, en cambio, estaba más contento que unas pascuas, y eso que ha salido bien escaldado, sólo ha aprobado Educación Física y Medio, pero eso no es ninguna novedad: Julio siempre va justo con las notas, y el año pasado pasó de curso por los pelos.

–Aprobado en Medio, ¿qué os parece? –ha presumido—. Eso no lo pueden decir todos, ¿eh?

Tiene razón, Aurelio no puede decirlo, porque en vez de un herbario presentó unas macetas que había comprado en el mercado e Isabel le ha cateado.

Entre clase y clase, Berenguer se ha hecho el encontradizo y ha querido darme las gracias.

—¿A mí, por qué?

Me ha enseñado el boletín de calificaciones y me ha señalado la nota de Matemáticas.

—Si no llega a ser por ti, que... que me explicaste el asunto de las fracciones, no sé qué hubiese sido de mi vida. Mor... Morgana, yo... yo...

Ha dejado la frase en el aire y se ha puesto rojo. No sabía qué hacer con las manos, y yo tampoco. Sé que le gusto, me lo escribió en una poesía, y a mí también me gusta, pero cuando nos encontramos es como si nos diesen a la manivela de la desesperación amorosa. La semana pasada quedamos en la biblioteca y estuvimos estudiando juntos para el examen: mi primera cita con un chico. Me invitó a un trozo de su bocata de chorizo y queso, pero el bibliotecario nos pilló y nos echó a la calle; no se puede comer allí dentro. Después me acompañó hasta casa, Berenguer, no el bibliotecario, y se pasó todo el rato hablando de los numeradores y los denominadores. Casi *gomitito*, que dice Paula. No paraba de pensar: «Si me coge la mano, me muero», pero no me la cogió y casi me muero del disgusto.

No nos habíamos vuelto a ver desde aquel día, y el corazón me iba a tres mil. Por suerte, las chicas han venido a rescatarme y hemos salido al patio. Hemos jugado un partidito de baloncesto chicos y chicas mezclados, siete contra siete. No había espacio para moverse, pero nos hemos reído un montón. La tropa hacía pasos, dobles, o pisaba las rayas y, cuando ibas a tirar, algún gracioso se te plantaba delante haciendo chorradas. Ya no sabías si estabas jugando al baloncesto o en un circo.

La competición se ha terminado por el momento. En la primera fase nuestro equipo ha quedado el primero. Mercedes, nuestra entrenadora, que es también la maestra de los pequeñajos, dice que haremos una liguilla con las campeonas de otros grupos. Espero que no sea como el rumor de que nos tenían que poner una cubierta para la cancha de baloncesto; ya dura tres años el maldito rumor.

Me encanta jugar con el equipo, soy la base titular, pero hay dos chicas de quinto que me disputan el puesto. De momento una de ellas, Eloísa Tetitas Golden, ya me birló el novio hace unos meses. No es que Víctor fuese novio novio, cumplí doce años el mes pasado, y una no tiene novio novio a los doce años, pero me hacía tilín desde párvulos. Al principio lo pasé mal, tenía una penita en el cuello que no podía ni tragarme las lentejas, pero después apareció Berenguer y continué

sin podérmelas tragar. Nunca me han gustado las lentejas. Pero por suerte la penita ha desaparecido.

Las amigas de sexto también están en el equipo de baloncesto, excepto Brunilda, que siempre tiene clases de inglés, violonchelo, natación y de no sé cuántas cosas más. Tiene tantas actividades, la pobre, que a veces se queda dormida o se pone enferma de la enfermedad de las extraescolares.



Me he levantado temprano porque la yaya me ha echado medio vaso de agua a la cara: ella no pierde tiempo en despertadores y va derecha a los remedios caseros.

–En marzo se siembra el garbanzo. Venga, holgazana, que ya ha salido el sol.

He contraatacado con un refrán de mi cosecha:

–Quédate el sábado en la cama y te aprovechará toda la semana.

Pero la yaya es la campeona de los refranes:

–Si quieres ser venturosa, no seas perezosa –ha dicho, y me ha quitado la sábana bruscamente.

–Pero si son las nueve, yaya.

–A tu edad...

No he oído el resto porque me he tapado las orejas y he corrido al lavabo, pero me sé el discurso de memoria: a mi edad ella llevaba no sé cuántas horas en pie, ya había dado de comer a los conejos y se había limpiado la cara con agua helada, no como ahora, que parecemos unas señoritingas todo el día con la dichosa maquinita.

Mi madre trabaja el sábado por la mañana; es peluquera y las mujeres quieren estar presentables para el fin de semana. Mi padre trabaja en un vivero; de normal el sábado tiene fiesta y se instala frente a la tele para ver las carreras de coches y un

montón de competiciones deportivas, pero cuando llega el buen tiempo tiene más trabajo y tiene que preparar palmeras y gnomos de piedra para los chalés de los alemanes.

Mientras me arreglaba, he oído que la abuela aporreaba la puerta de mi hermano, pero Ricardo debía de tener los auriculares puestos, o se hacía el sordo, y la pobre no se ha atrevido a despertarlo con el vaso de agua. Ayer estaba muy enfadado por culpa de las notas, por culpa de mis sobresalientes sobre todo, porque él había suspendido una y no le habían dejado salir.

Después de desayunar, un vaso de leche con galletas, me he puesto frente al ordenador y he hablado con Silvia.

MORGANA. ¿Ke haces?

SILVIA. Acabo de cambiar una KK.

MORGANA. 

Silvia tiene una hermanita, Vanesa, y aún lleva pañales. Sus padres se han separado hace un tiempo y no lo lleva nada bien.

Iba a pedirle que me acompañara al cine esta tarde, pero ella se ha adelantado:

SILVIA. Tengo que dejarte, Vanesa ha hecho otra mona.

MORGANA. 

21 de marzo

Paso el fin de semana deseando que pase el fin de semana. Nadie del grupo ha querido venir al cine y no quería ir sola con Berenguer. Tenía miedo de que nos viese alguien y de que esparciese la noticia de nuestro feliz enlace por el colegio.

Laura, la enigmática novia de mi hermano, se ha dejado caer por casa. Es gótica: le gustan las pelis de miedo, los vampiros y todo eso, y va vestida de negro como una viuda, la Viuda Negra la llama la abuela, pero es una chica muy sensible y delicada, y siempre tiene palabras amables para mí. Aún no entiendo cómo aguanta a mi hermano. Por suerte, desde que salen juntos la adolescencia de Ricardo es más llevadera. Mi madre la ha invitado a comer. Teníamos arroz caldoso, pero Laura ha sonreído y ha dicho que no se podía quedar.

—Ahí tienes: los vampiros se alimentan de sangre —ha susurrado la yaya, y se ha santiguado.

22 de marzo

Ya estamos en el tercer trimestre. Nada más entrar en clase, Isabel nos ha lanzado los diptongos a la cara. Sin ni siquiera preguntarnos cómo habíamos

pasado el fin de semana, nos ha explicado que un diptongo es la unión de dos vocales en una sola sílaba, y que se produce un hiato cuando se pronuncian en sílabas diferentes dos vocales que se escriben juntas.

Qué felices aquellos tiempos de preescolar cuando al volver a clase los lunes teníamos que hacer un dibujo de la familia o pegar unos adhesivos en una cuartilla.

En el recreo, a la hora del almuerzo, hemos hecho un corro, y Aurelio, entre bocado y bocado de su bocadillo de jamón, se ha quejado de lo difíciles que se están poniendo las cosas en sexto de Primaria.

—Ya ves tú qué me importa a mí si hay diptongos que no se comportan como diptongos y tienen que llevar o no un acento. Dudo que nadie en el mundo conozca un solo ejemplo, y la vida continúa, no se hunde el mundo por eso. —De pronto se ha encarado con Julio:— ¿Tú conoces algún caso de diptongo que sea hiato por culpa de un acento, colega?

—¿Hiato? ¿Qué es eso?, ¿una marca de electrodomésticos japonesa?

Aurelio ha abierto las manos en señal de triunfo.

—¿Lo veis?

—Claro que hay, tarados, hay un montón de casos —ha intervenido Pili—. *País*, por ejemplo.



—¡De acuerdo, *país*, perfecto! —ha exclamado Aurelio—. ¿Y eso para qué sirve? ¿Es que un país dejará de ser un país porque le quites un acento?

Los países dejan de ser países porque viene Napoleón con su ejército y los invade, pero no conozco ningún país que haya desaparecido por culpa de un acento.

Berenguer ha empezado a hablar, no suele hacerlo cuando hay mucha gente, y eso ha aumentado su nerviosismo.

—Bueno... los poetas... los poetas, yo... yo...

—¿Tú qué, berzotas? —ha escupido Pedro.

Me lo hubiese comido. Pedro es turbio como una ciénaga llena de petróleo, pero me daba no sé qué hacer de madre de Berenguer y me he mordido los labios. Todos lo miraban, y él se ha puesto colorado. Ha cogido aire y ha dicho:

—Los poetas tienen que conocer muy bien los diptongos y los hiatos, porque tienen que conseguir que los poemas tengan musicalidad, y no puede ser que cada verso se escriba sin ton ni son. Tienen que contarse las sílabas. Es lo mismo que con las canciones —se ha puesto la mano en el pecho—. Yo no soy un poeta profesional, pero pronunciad mal un diptongo y la mejor canción del mundo se convierte en un churro monumental.

Ha habido un silencio, y yo me he puesto superorgullosa de mi chavalote.

Continúa la rutina de las clases. Cuando no son los diptongos es el sistema sexagesimal, el caso es que no nos dejan ni respirar. Lo último que hemos sabido es que la hora, el minuto y el segundo son las unidades de tiempo y que pertenecen a un sistema sexagesimal de numeración.

—¿Qué significa eso? —ha preguntado la maestra.

—Yo qué sé —ha respondido Lola, y le ha dado una risa como de hiena africana atrapada en el momento de hundir sus colmillos en una gacela.

—A ver, María Dolores...

Malo. Cuando Isabel llama María Dolores a Lola es que su paciencia está llegando al límite de la notita para sus padres.

—El sistema sexagesimal es un sistema de numeración de base sesenta, es decir: cada unidad de un orden contiene sesenta unidades del orden inferior. ¿Cuántos minutos hay en una hora?

—Sesenta.

—¿Y cuántos segundos hay en un minuto?

—¡Menuda pregunta! Sesenta.

¿Quién no sabe eso?

Hemos aprendido que hay dos maneras de indicar el tiempo: incompleja y compleja. Por ejemplo, tú tienes un CD de música que dura 73 minutos, pero también puedes decir que dura 1 hora

y 13 minutos, porque así tu cerebro puede calcular mejor la magnitud del tiempo, y continuará durando 1 hora y 13 minutos aunque te guste mucho y se te haga corto.

También hemos visto que hay otras unidades para medir el tiempo: el día, la semana, el mes, el año y el siglo, y según el período debemos utilizar la más adecuada. Nadie diría que el reinado de Felipe II duró 1.324.512.000 segundos, sólo si se tienen ganas de hacer la puñeta o se está un poco tarado. Es mejor acudir a una unidad superior y decir que este señor reinó 42 años. Después de todo no le quitas ni un segundo de su reinado, y es mucho más cómodo.

Por suerte, después de una hora de cálculos, ha sonado el timbre y la clase se ha terminado.

—¡Uf! —ha dicho Aurelio—, no lo hubiese soportado ni un segundo más. Preferiría que las clases se calculasen con el sistema decimal.

—¿Por qué? —he preguntado.

—¿Te imaginas que una hora de clase durase sólo diez minutos?

—Pero eso es hacer trampa. También podría durar cien minutos.

Aurelio ha exclamado:

—¿Pero de parte de quién estás tú?

24 de marzo

Aunque hemos tenido entrenamiento, sin la tensión del campeonato no es lo mismo. El ambiente era relajado, incluso la entrenadora ha jugado con nosotras. Se nota que Mercedes jugó en un equipo casi profesional. No entiendo por qué prefirió hacerse maestra y dar clase a los pequeñajos de Infantil.

Uf, yo aún no sé qué quiero ser de mayor. Supongo que no seré tan buena como para llegar a ser una jugadora de baloncesto. Y, aunque lo fuese, no se puede vivir de eso toda la vida. Lo que tengo claro es que no quiero ser peluquera como mi madre: aunque me encantaría peinar y cortar el pelo, tienes que aguantar a las señoras chismorreando todo el día de las suegras y de las cuñadas. A mi padre le gustaría que fuese arquitecta o abogada o médico, pero no me gusta nada de todo eso, y la yaya dice que seré ministra, que estoy muy espabilada, pero eso es lo que dicen todas las abuelas. A veces pienso que me gustaría ser escritora, porque soy una de las campeonas de vocabulario, y me gusta escribir en un diario las cosas que me pasan. A lo mejor me hago periodista deportiva. Me encantaría trabajar de reportera de baloncesto para poder entrar gratis a todos los partidos.

Brunilda quiere ser piloto de avioneta para fumigar los campos, pero sus padres quieren que toque el violonchelo en una orquesta de mucha categoría que vaya por todo el mundo, por eso está aprendiendo inglés. Del resto de amigas, Lola quiere ser veterinaria; Pili, empresaria de quioscos; Silvia, bibliotecaria, y Paula quiere tener un perro spaniel, un empresario y un chalé en primera línea de playa.

25 de marzo